

PILAR SALAMANCA
LOS AÑOS
EQUIVOCADOS

XIII PREMIO DE NOVELA
CIUDAD DE SALAMANCA

algaida



La novela *Los años equivocados*, de Pilar Salamanca, resultó ganadora del XIII Premio de Novela Ciudad de Salamanca.

Primera edición: 2009

© Pilar Salamanca, 2009
© Algaida Editores, 2009
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-208-1
Depósito legal: M-32.629-2009
Impresión: Lavel Industria Gráfica, S. A.
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

UNO. Era diferente, entonces	15
DOS. La penúltima vez	31
TRES. Raíz sorda	59
CUATRO. Cierta vez, <i>El Cosmos</i>	75
CINCO. Eritrea, <i>mon amour</i>	87
SEIS. La estirpe de los <i>negusa nagast</i>	113
SIETE. Abiye.	129
OCHO. No teníamos nada mejor que hacer . .	141
NUEVE. Solo la tierra es oscura.	153
DIEZ. Este mundo tan diverso	175
ONCE. Faltan hombres, dice.	193
DOCE. Una sinceridad relativa	207
TRECE. Ritos de paso.	231
CATORCE. Al otro lado del agua	241
QUINCE. Agonía en el limbo.	269

These things are over, and no more mine.

A. C. SWINBURNE

Da igual. Prueba otra vez. Fracasa otra vez. Fracasa mejor.

BECKETT

NOTA DE LA AUTORA

Debo manifestar que Los Años Equivocados no es una crónica histórica y, mucho menos, una biografía. Se trata, simplemente, de una novela. La acción sigue, a veces con precisión y otras muy alejada de ella, la vida y trabajos de un periodista en distintos lugares del mundo. A pesar de que en el texto se han intercalado fragmentos ya publicados de noticias reales, todos los personajes, incluido Q., el protagonista, podrían haber sido yo misma sin llegar a serlo realmente.

Podía atrapar —habéis de saberlo— los ojos de todas las noches, como aquel campesino de la parte de los montes de Somiedo las truchas bajo la hierba y, cuando digo ojos, incluyo todo lo demás, la mirada, la boca, la imaginación, para hacerse un macuto de viaje con la voluntad de sus amantes y también la de sus amigos, cercanos o no, y deslizarla entre sus dedos como plumas estilográficas que gotearan tinta azul, tan azul como la aristocrática sangre de sus venas. Solía, a veces, mirar inmóvil, con los ojos casi cerrados, plegarse las crisis de un país en el peor brete de su trayectoria, volverse del revés la vida de los unos con respecto a la de los otros, todos esos complicados juegos de los años equivocados. Y luego estaba su trabajo, porque él vivía y escribía pero yo no sabría decir en qué se distinguía lo uno de lo otro, de su titubear gallego: estremecerse, vacilar, precipitarse en la trampa de los estrechos y después ceder bajo el yugo de la fiesta del vivir como cuando, periodista sin acreditaciones, mordisqueaba el largo muslo de España en «La Patena», su sección parlamentaria.

ria. En la maravillosa gelatina de sus ojos se gravó para siempre la gestación humeante de lo que otros llamaron la transición y él, bueno, dejó apenas en fiesta nacional poblada de un aquelarre de toreros y milicos con la raya del pelo sostenida a base de cal viva. Él, por supuesto, se reía amablemente del cotarro pero en el fondo le gustaban otras cosas: desiertos como los de Eritrea, lugares como el Sáhara y los ligues y coqueterías gigantescas que todo ese exotismo traía consigo, rizos de información, hoyuelos de aventuras africanas e inesperados regresos. Las circunstancias, bien lo sabéis, escupen pedazos de sarro —amargo pero sobre todo chisporroteante— sobre el que nosotros edificamos la vida, nuestros castillos de naipes. Para él fue otra cosa, él jugó a ganar —¡como si pudiera!— y atravesó esos años equivocados que le tocaron en suerte con somnolientos ojos abiertos, sin pestañear nunca, el esqueleto del capitán Ajab, vigilando.

Luego desapareció.

Pero ¡ojalá no se trague su recuerdo la ballena del tiempo! ¡Ojalá no se pierda su memoria en el túnel de algas de su estómago, sino que resurja en las palabras de sus víctimas y amantes, él, mi amigo, tras haber sido arponeada su muerte predadora, abierta en canal sobre el puente de estas páginas!

UNO

ERA DIFERENTE, ENTONCES

ME CONTARON QUE ATERRIZÓ A FINALES DE SEPTIEMBRE en el aeropuerto internacional Jorge Chávez de Lima justo antes del amanecer. Al parecer, tras sobrevolar la costa de Perú, el avión incrementó la velocidad de modo que todavía estaba oscuro cuando él, entre los demás pasajeros, puso el pie en tierra.

Al salir de la terminal, después de recoger los equipajes, había amanecido.

Hora de todos los muertos, solía decir.

Y yo:

—¿Por qué?

Porque después de luchar por sus vidas, a lo largo y a lo ancho de la noche, los moribundos caen rendidos y, en lugar de dormir, se mueren.

Dejó que examinaran su pasaporte. A continuación, una joven funcionaria se le acercó y después de dar unos pasos a su alrededor, le obligó a pasar por la garita. Me contaron que ya entonces empezaba a sentirse mal, con cierta confusión mental y algunas dificultades de equili-

brio y coordinación que él mismo fue el primero en atribuir al mal de altura y también, cómo no, a la terrible jaqueca que venía padeciendo desde un par de días antes de salir de Madrid.

Pero no es eso lo que quería contar. Ahora que tengo tantas cosas que hacer pero ninguna prisa. Ahora que todavía es de noche y entre las cortinas se filtra la pálida luz, el único ruido callejero es el maullido de un gato viejo y los camiones de basura aún no han comenzado su rutinaria tarea. Ahora que él no está tumbado a mi lado, espalda contra espalda y que ni siquiera puedo ver su rostro en la absurda oscuridad de mi memoria, recuerdo sin embargo el suave oleaje de su respiración, el mapa de su cuerpo, las largas ceremonias de nuestras noches. Y me quedo quieta, esperando la visitación de su memoria. Su rostro ocupa la oscuridad y borra todo lo que toca. Me ha llevado años alcanzar esta quietud. Incluso ahora, que me estoy desmoronando, sé que nunca volveré a sentir esta nostalgia pura. La noche es un cristal.

Era diferente entonces.

Después de hacer el amor, se me dormía como quien se sumerge en el fondo de un pozo sin salida y allí permanece, desaparecido, hasta las del alba. En mi caso el proceso resultaba siempre más difícil, luchando siempre con las olas por miedo a verme arrastrada a la mar alta y a quedarme sin orillas, luchando, luchando siempre con los ojos abiertos para no dejarme ir. De vez en cuando, alguna noche que volvíamos con un vino de más, me despertaban las pesadillas. Entonces él tenía que soplarme los párpados para apartar las telarañas de mis miedos como quien

sopla una vela antes de apagarla. Luego, con labios somnolientos yo le contaba lo del tren «...el último y me dejaba tirada» o «la bruja de siempre, esa, ya sabes, que me agarra». Purgada mi inconsciencia me volvía a dormir mientras él se daba la vuelta y encajaba su cuerpo en el tibio zigzag del mío.

O eso decía.

Hasta la mañana siguiente.

Pero no crean que el hombre que se abraza así a una sonámbula es solo porque la ama. No. O quizá sí. Supongo que podría decirse que es un gesto de ternura pero ¿acaso no podría ser también el reflejo de un hambre, de una carencia escondida debajo de algún colmillo retorcido? Lo sé, lo sé, no debería estar permitido ser tan escéptica, una debería ser más indulgente con sus propios sentimientos. Y con los suyos, de él. Solo hasta cierto punto. Desgraciadamente no pertenezco a la estirpe de escritores fantásticos, esos que sueñan que pueden construir con sus recuerdos la estrofa más perfecta del *Cantar de los Cantares*. De manera que tú, hijo mío, tampoco me pidas milagros.

No hay otra cera que la que arde que decía mi abuela.

Aparto la sábana. La habitación sigue a oscuras. Tengo las ventanas abiertas pero, con todo, me levanto desnuda en mitad de la corriente. Como una curruca enjaulada oriento mi instinto hacia el sur-suroeste. Tanta parte de mi cuerpo transida de nostalgia, tanto del suyo dentro de mí. Su peso me sigue todavía cuando me acuesto, su sombra contra la mía, encorvada por el peso de su ausencia, fardos de puertos lejanos, el poder de las olas,

la tristeza de aquellos cuyos dioses les han obligado a dejar atrás tantas cosas... Por suerte, él nunca supo las coordenadas de mi deriva. Fui yo quien se vio obligada a largar el ancla irremediabilmente. Yo, la que me escapé del nudo y ahora flota, suspendida en el presente como aquel barco fantasma que, después de haberse hundido completamente en las aguas del Mar Árabe, ascendió de nuevo a la superficie. Y volvió a flotar ¿sabes? porque la sal que llevaba en la bodega se deshizo. Se deshizo igual que el nudo que nos unía.

Cuando le conocí, yo estudiaba y, al mismo tiempo trabajaba para una editorial corrigiendo documentos y trabajos llenos de faltas de ortografía. Traducía algunos del árabe y, cuando tenía tiempo, intentaba acabar mi tesis: no tenía, en realidad, mucho tiempo para pensar. Vivía sola y a través de la historia de las palabras, intentaba alejarme poco a poco del pasado. Después, pero entonces todavía no lo sabía, alguien me dijo que cuando nos alejamos del todo, lo único que sobrevive de nosotros es el amor. ¿El amor de quién?, pregunté, ¿el nuestro o el de los demás? ¿De quién, vamos a ver? Porque yo siempre estuve dispuesta a creer cualquier cosa pero, al menos, guardaba para mí la posibilidad de fruncir el ceño, de sospechar de tanta esperanza. Lo dicho: mejor sería para todos aceptar que el amor apenas sobrevive un rato. Si un amante muere, el amor que existía entre los dos sobrevivirá tanto como el del amante que se queda. Y cuando este desaparece... se acabó.

No, no te hagas ilusiones, te guste o no apenas sobrevive nada del amor o la memoria.

Y bien, ahora la situación es esta: él ha muerto y yo estoy aquí todavía. ¿Y del amor qué ha sido? ¡Por Dios! no lo veo por ninguna parte. De manera que si después de nosotros y me refiero sobre todo a él, fuera a sobrevivir algo sería... bueno ¡quién sabe lo que sería! De **Q.** probablemente su media sonrisa y algunos reportajes. De mí, de la mujer que él nunca llegó a conocer del todo, no lo sé, quizá sólo tú o este libro. En todo caso muy poco más.

Aunque puede que de nuevo me equivoque: mis recuerdos siguen siendo recuerdos y los gestos del amor siguen siendo, apenas, los gestos del amor. A mí me paralizaba el asombro de cómo mi sueño, es decir él, se expandía, se enroscaba alrededor de mi cuello en pliegues y dobleces; me quedaba mirando sus manos de huesos larguísimos, sus ojos somnolientos y un poco tristes. Le decía, «a veces no puedo mirarte a los ojos; me recuerdan al agua de las cascadas: una nunca sabe qué hay detrás».

Pero seguía, seguía mirándole sin ver casi nada.

Nada más conocernos íbamos juntos al trabajo, reíamos. Cuando yo vacilaba en el umbral de una puerta **Q.** no entendía que estaba dejándole pasar primero, asegurándome de que no se quedaba atrás y le perdía de vista para siempre. Con el tiempo, todo se redujo precisamente a eso: desapariciones y renunciadas. Dramáticas despedidas. Entre medias, los versos del sirio Ali Áhmad Saíd Ésber:

*Taabbata lleva una máscara
que le estorba la mirada, pero sus ojos confían en todo lo que
[ven,
salvo en la alucinación del espejismo.*

Solo que yo nunca fui su *Taabbata*, iba por la vida sin máscara y, después de algún tiempo, no volví a fiarme de mis ojos ni de mi corazón. Sobre todo de mi corazón.

Y tenía mis razones.

*

Para empezar estaba su famosa teoría del *Amor satelizado*.

Llevaba a algún tiempo dándole vueltas, elaborándola, buscando —supongo— supuestos prácticos pero nunca la expuso a nadie hasta el final. Yo me la encontré en su mesa, descrita en un papel perdido entre un montón de cartas... La intimidad que los celos nos imponen. Reconocí enseguida su caligrafía deshilachada. Y las cartas eran todas de sus amantes escritas antes, durante y después de haberme invitado a mí a compartir su vida.

«Cuando estás solo —en el mar, en el desierto— una ausencia puede mantenerte vivo. La ausencia de la mujer amada puede mantenerte vivo. Pero cuando ella vive al otro lado de tu calle, la simple intuición de su presencia puede llegar a corroer tus huesos».

«En cuanto a mí, soy demasiado promiscuo para permanecer monógamo. Mis relaciones con las mujeres, incluida Clara, serán a partir de ahora más bien plurales, fieles mientras duren e incluso ¿por qué no? apasionadas, pero sobre todo, cortas».

«Para completar esta monogamia sucesiva pienso acometer una tarea similar a la carrera espacial emprendida por americanos y soviéticos: colocaré a mis satélites en

órbita. Y como el secreto consiste en no perder nunca el control, he perfeccionado un método propulsor que me permitirá recalar en ellos sin preocuparme de los plazos, del ritmo o del tiempo que me cueste alcanzarlos. De vez en cuando, la casualidad hará coincidir mi deambular con quien, en otro tiempo, fue mi amante y ahora no es más que un satélite colocado en determinada órbita. El reencuentro con ese amor antiguo me producirá, nos producirá a los dos, estoy seguro, una alegría enorme».

Pensé que era una broma y me esforcé por entender por qué la había mantenido en secreto. Al poco, sentí cómo el ascensor de mi estómago caía, en caída libre, hasta los pies y tuve que sentarme. Intentaba respirar, tomármelo a broma. Aún no había aprendido que la verdadera esperanza vive separada de las expectativas y esta teoría, como la búsqueda constante de la fama, parecía dolorosamente inocente.

Sujeté aquel papel como un cirujano sujeta el bisturí.
¿Comprendes lo que quiero decir?

Infidelidad, amor. Hay palabras que deberían estar prohibidas, que no se debería permitir que salieran de la cárcel ni siquiera para dormir porque, cuando andan por ahí sueltas, se tropieza uno con ellas y le hacen caer. No siempre, pero casi siempre. Al principio nos resistimos un poco pero siempre terminamos echando mano de ellas, lo haremos, te lo juro, las usaremos sin pensar: te quiero, te quiero... y luego, si es que no estamos muertos, querremos morirnos enseñada. De arrepentimiento. O querremos que se mueran los demás. Los que ninguna culpa tienen por haberlas escuchado.

Amor satelizado. ¡Venga ya! Pero si eso no es amor ni es nada, apenas dos palabras cargadas de hierro colado

que, al reventar, esparcen su oxidada metralla por los adentros del alma.

Pero no había manera, muy a menudo **Q.** aplicaba lo astronómico a lo humano y analizaba las relaciones sociales como haría con el universo: misterios galácticos y catástrofes. Agujeros negros. Explosiones. Construyó su propia filosofía estelar. En los casi dos años que viví con él, su pensamiento llegó a parecerse, en mi imaginación, al relato de *Las mil y una noches*; un cuento que son mil cuentos que son un solo cuento inacabable: un espejo que, eternamente, se refleja a sí mismo.

Y luego, cuando nos separamos, alguien que nos conocía bien, vino a consolarme y me contó una parte de su historia. Aquel amigo —que era también su hermano— sabía que para mí, el descenso continuaría indefinidamente hasta mucho después de haberle olvidado pero, en aquel momento, sus pequeñas confidencias me ayudaron. El propósito del mejor de los amigos no habita en sus palabras, dicen, sino en su corazón.

Me contó que la mitad de los habitantes de Vigo, su ciudad, y muchos de los de Madrid, eran medio parientes suyos. Tanto él como **Q.** habían nacido entre gentes que fueron siempre, o habían llegado a ser, influyentes ciudadanos. Así, una tercera parte de los profesores de su universidad eran amigos de sus padres y se podría decir, sin exagerar, que un gran número de aquellos bajo cuyo poder se encontraba el reparto de las mejores oportunidades de trabajo no podían por menos que sentir algún interés por él porque era el primo o sobrino y, en el peor de los casos, el hijo de algún mejor amigo de manera que hasta

entonces, de lo único que tuvo que preocuparse fue de no llevar la contraria, de no sentir envidia, de no ofenderse porque la gente le tratase con reverencia, como a un maestro, algo que, por otra parte, su innata bondad y simpatía nunca le había inspirado.

Con el tiempo llegué a conocer bien algunas de esas incoherencias tuyas. Sabido es que las mujeres (no pueden evitarlo) suelen quererlo todo de sus amantes, incluso las incoherencias, y esa es la causa por la que, con demasiada frecuencia se hunden bajo la superficie de todo ese barro como un explorador mal advertido se hundiría en las arenas movedizas. Increíble felicidad.

Porque sí, algunos amantes nos quieren un rato. Lo que dura un alunizaje.

Yo, sin embargo, le dije muchas veces que le amaba. Es más, se lo repetí cientos.

¿Pensaba tal vez que estaba enamorada y no podía resistirme a probar esas dulces palabras por ver si eran las adecuadas? No. Ocurrió que me di cuenta enseguida que nunca llegaría a saber lo que sentía si, antes, no me oía a mí misma expresarlo en voz alta:

Te quiero, **Q**.

Él nunca supo qué contestarme.

Un día, sin ir más lejos, estaba conmigo en la habitación y él no podía, lo vi en sus ojos, pensar en otra cosa que no fuera en salir corriendo. Quizá había notado, en mi voz, una inflexión que le hizo pensar que no le admiraba lo suficiente, que hasta una tontuela como yo era perfectamente consciente de los esfuerzos que él tenía que hacer para guardar el tipo. Quizás pensó que bastaba con sacar

a relucir ciertos nombres, ciertos contactos y darme así una excusa para que yo exclamase «oh, no me digas», maravillada. Quizás fue algo que nunca supe. Lo que en todo caso sí entendí es que, aun a pesar de que mi admiración por él no fuera lo que él esperaba, su interés por mí sobrevivió hasta el final. Lo sé, con toda seguridad: hubo incluso días —lo sabría más adelante porque entonces lo ignoraba— durante los cuales él se sintió a mi merced. Días en que, sin querer entender cuánto le amaba o quizás probando su resistencia a cualquier clase de compromiso, probándola, o quién sabe si arriesgándose a perderla de algún modo, hizo de mí su principal interlocutor y me invitó a compartir su vida. Sé —es poco más o menos lo único que sé— que resistió la tentación posible de amarme a mí sola (aunque resulte difícil sostener una afirmación tan contradictoria) en honor a su vieja, conocida imagen. Y que renegaba un poco de sus años de Salamanca y de cuando las alegres cintas de su capa estudiantil. Digamos que fue entonces cuando entendió que no podía seguir jugando a ser simplemente un niño guapo, que tenía que cambiar radicalmente si lo que quería era pasar de simple gacetillero a autor memorable de artículos mitad sacros mitad profanos, icono de la prensa ibérica.

En fin.

Lejos de él, en este instante, no existe para comunicarnos otro teléfono que la nostalgia. El otro mundo es lo que tiene: no hay cobertura. Por otra parte, poner en palabras mis recuerdos no está resultando tan sencillo como yo creía. Temo que las palabras, repetidas por un eco de ultratumba, se vuelvan demasiado públicas. Panegíricos. Aun así, segui-

ré intentándolo. Cuando te enamoras, has de ser muy precisa en los gestos del amor, su lenguaje, y nunca te atreverás a pronunciar su nombre en vano. De manera que con firmeza, con la misma firmeza con la que él hubiera debido enfrentar a la muerte, intentaré contar nuestra historia.

*

Eran años equivocados.

Un día despejado de septiembre. El viento acumulaba las tristes hojas de las catalpas entre los alcorques embotados. Había mucho ruido. **Q.** y yo habíamos entrado en un sueño: tanto él como yo habíamos encontrado trabajo: él en el ABC de la calle Serrano y yo como becaria en el Departamento de Árabe e Islam de la universidad. Ese día, hasta el ruido del tráfico nos pareció música celestial, remolinos y espirales del concierto n° 1 de Chawkosky que iban subiendo, subiendo, *andante ma non troppo* hasta el estallido final. Pero entonces, me di la media vuelta y **Q.** ya no estaba; mi mirada había hecho que se desvaneciera. Me giré bruscamente. Le llamé, pero pronto el fragor del tráfico lo engulló todo.

Seguro que se ha adelantado —pensé— y ha ido a Tosca para celebrarlo. Corrí hasta allí y pregunté a sus amigos. Señalaron hacia fuera, hacia la otra acera. Fue entonces cuando le vi: una sombra, su pelo negro. Una mujer, el reflejo de la luz sobre el cristal del escaparate, su vestido blanco.

*

Como cuando hablaba con las hadas, amigas desconocidas, miraba ahora su camisa colgada detrás de la puerta de nuestro dormitorio y esperaba ver aparecer a su fantasma. Aquí, en Madrid, a la fluorescente penumbra del televisor, donde veo fluir las noticias:

«Treinta horas antes de fallecer en aquel hospital militar nos decía en su habitación: “Me duele mucho la cabeza. Nunca me había dolido tanto”. No obstante, tomó una aspirina, y, aparentemente recuperado, bajó al bar del hotel por su propio pie. Minutos después, se derrumbaba en el suelo. Tendido en la enfermería del hotel, Felix intentó hablarle, para ver si reaccionaba. No fue así, y entre todos le llevamos a un taxi para trasladarle al hospital. Perdido el conocimiento llegó a la entrada de urgencias, en uno de los traslados más dramáticos que recordaremos por mucho tiempo. Aún hubo que perder varios minutos en cuestiones burocráticas del tipo: «¿Desean una atención de clase A, B, C o D?», hasta que un médico de aspecto diligente, el doctor Tascón, se dio cuenta de la gravedad de la situación y se puso a trabajar. Poco se pudo hacer. Tampoco unos minutos antes hubiera sido posible intentar siquiera una intervención quirúrgica. Conectado a un *respirator* pero ya con electroencefalograma plano, vivió —por decirlo de alguna manera— veintidós horas más».

La que no podía respirar era yo. Sencillamente, no podía. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Qué estaba diciendo ese maldito busto parlante ¿qué decía?

Ahora, cuando había empezado a aprender que la vida era previsible, cuando había renunciado a la esperanza de que él me necesitase va y a la superficie del dolor aflora algo con lo que nadie contaba: su repentina, imprevisible muerte. Y una urgencia angustiada por disputarle su presa no más fuera un último segundo, o quizá por suplicarle a la asquerosa huesuda que me le devolviese por favor, por favor en un esfuerzo que mucho antes de emprender sabía condenado al fracaso desde toda la eternidad. Fue una décima de segundo pero enseguida me di cuenta de que con su muerte **Q.** acababa de destruir la ya de por sí sutil membrana protectora de mi ser dejando al descubierto una soledad aterradora. Mi disconformidad con la vida que llevaba, con la sola sospecha de esa disolución compartida cuyo rastro advertía ya en mi propio rostro, si me hubiese atrevido a mirarme en el espejo, tatuado ya con las manchas de moho de una soledad indescriptible. Y por primera vez, entre todas las veces que él se había marchado y me había dejado sola, experimenté nuestra separación como un dolor físico que no me dejaba respirar. Nada me había preparado para ello. No se trataba solo de su muerte, creía que hasta eso podía llegar a soportarlo, lo peor era que estaba empezando a sentir que yo tampoco estaba allí, en aquel piso, aquella cama, sino que me había muerto con él y que compartía, célula a célula, los leves movimientos de su desfallecer unida a él como si me hubiera alojado dentro de su piel, ya tan fría.

Tiemblo todavía de pensar en el esfuerzo que tuve que hacer para levantarme e ir a buscar un par de somníferos. A pesar de volcarme en lágrimas, de vaciarme en